

Contemporánea

**ÓSCAR
COLCHADO
LUCIO**

**Rosa
Cuchillo**



DEBOLSILLO

Óscar Colchado Lucio
Rosa Cuchillo

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A José
a tía Anita
a Pepe Palacios.*

Índice

Portadilla
Rosa Cuchillo
Glosario
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

¿La muerte?

¿La muerte sería también como la vida? «Es más liviana, hija».

¿Habría sirguillitos cantando en las hojas gordas de agosto?

Había. «Y vacas pastando en inmensas llanuras».

Ahora subía yo la cuesta de Changa, ligera ligera como el viento.

¿Por aquí? ¿Por estos lugares se irían los muertos?

«Por allí, hija, por donde se despide uno para siempre de la vida».

Abajo, en la margen izquierda del río Pampas, bañado con las últimas luces del atardecer, quedaba Illaurocancha, mi pueblo, con sus casitas entejadas, sus paredes blancas, incendiadas por la luz roja del sol.

Aún traía impregnado en las narices el aroma tibio, dulzón, de los habales ondeando en la bajada de los cerros, con sus florecitas blanquinegras acariciadas por el viento. Y llevaba en la mirada el vuelo apresurado de las perdices, rastreando, piando, en busca del nido oculto entre las frondas.

Pobre mi pueblo, dije, pobre mi tierra. Ahí te dejo (¿para siempre?). Y miré los molles de las lomas, las piedras de alaymosca rodando por la quebrada, los altos eucaliptos que bordeaban las huertas, los tunales con sus espinas erizadas y los magueyes estirándose sobre las cabuyas.

Y me despedí poniendo mi mano en mi corazón, besando, amorosa, la tierra. ¡Adiós alegrías y penas, consuelos y pesares, adiós!

Suspiré hondo antes de alejarme, recordando mi mocedad, cuando alegre correteaba entre los maizales jugando con mi perro Wayra, haciéndolos espantar a los sirguillitos, esas menudas avecitas amarillas que entre una alborozada chillería venían a banquetearse con los choclos. Me llegó también el recuerdo lejano de las cosechas de junio, de mis juegos en las parvas alumbradas por la luna, de mis años de pastora tras el ganado, soportando a veces el ardiente sol de la cordillera o mojadita por las lluvias suaves o las mangadas.

¿Y ahora? ¿Ahora por dónde nomás tendría que seguir?, pensé llegando a la pampa llena de ichu de Kuriayvina.

«A Auquimarca, hija, la montaña nevada donde moran nuestros antepasados».

Volviéndome, miré por última vez mi pueblo; pero solo pude ver borrosamente la sombra de sus eucaliptos emergiendo en la oscuridad.

—¿Rosa? ¿Rosa Cuchillo?

Un perrito negro, con manchas blancas alrededor de su vista, como anteojos, era quien me hablaba. Sus palabras parecían ladridos, pero se entendían.

Un instante me quedé silenciosa, como pasmada, sin saber quién era ni qué hacía allí ese animalito.

—¿No me reconoces?

Me quedé observando el arco sobresalido de sus dientes superiores, propio de los perritos cashmis; sus ojos muy vivos, sus orejas gachas.

—¡Wayra! —dije de pronto, inclinándome a abrazarlo con harta alegría en mi corazón al haberlo reconocido. Él empezó a menear también su cola, alegroso.

Hacía tantos años que se había muerto, de un zarpazo que le dio un puma, me acuerdo, cuando defendía a ladridos el corral de ovejas. Y ve, pues, ahora lo encontraba a orillas de este río torrentoso, de aguas negras, el Wañuy Mayu, que separaba a los vivos de los muertos.

A la sombra de un chachacomo, que retemblaba al paso de las aguas furiosas, encontré a Wayra descansando.

—Wayra, ¿qué haces acá? ¿Cómo me has reconocido?

Bajo el blanco resplandor de la luna, observé mis ropas desgarradas por las zarzas de los montes, por los riscos, luego de avanzar penosamente por feas laderas y encañadas.

—Te esperaba, Rosa. Sabía que vendrías.

—¿Te lo dijo alguien?

—Liborio, tu hijo.

—¿Liborio?

Mi corazón saltó alborozado.

—Dímelo —dije abrazando nuevamente al perrito, acariciando su pelo crespo, lanoso—. ¿Dónde?, ¿dónde viste a mi hijo?

—Cálmate —me respondió lamiendo mi mano—, por ahora no lo verás todavía. Él está arriba, en el cielo, allí donde están guiñando las estrellas.

—¡En el Janaq Pacha! —dije alegre, doblando mis manos—. ¡Gracias, Dios mío! —me arrodillé—, gracias por tenerlo en tu gracia infinita.

Y me encomendé al dios Wari Wirakocha, nuestro creador.

—¿Y yo también podré ir hasta allí, Wayra? —le pregunté después, observando el gran río blanco, el Koyllur Mayu, que extendía su lechoso cauce entre estrellas y luceros.

—No lo sé —respondió—. Yo solo he venido a acompañarte hasta Auquimarca, según el mandato de los dioses.

Resignada suspiré, esperanzada que en el pueblo de las almas pudiera encontrar a mis padres, a mi esposo Domingo y a Simón, mi hijito, el último, que se murió cuando era solo una guagua.

—Wayra —le dije—, ¿y dónde has estado durante todo el tiempo que no te he visto?

—En todas partes —me dijo—: aquí, abajo y en las estrellas.

—¿De veras?

—De veras.

Bien abrazada a Wayra, que braceaba dificultosamente, pude llegar por fin a la otra orilla, sin dejar de pensar en mi Liborio, muerto ahora último nomás en los enfrentamientos de la guerra, y por quien de pena yo también me morí.

La luna hacía clarear esos feos lugares, escabrosos, sembrados de barrancos.

—¿Ves la cresta nevada de una montaña que blanquea allá lejos?

—Sí, la veo.

—Esa es Auquimarca. Allí tenemos que llegar.

Alentada alentada marché a su tras.

—¡Wayra, mira eso! —dije volviéndome repentinamente llena de susto, luego de tramontar la primera loma.

—¡Qué!, ¿dónde?

Wayra lo descubrió. De un brinco se situó en mi delante y se puso en guardia para protegerme.

Ligeramente flotando sobre el suelo, la figura de un hombre alto, esquelético, cubierto solo con piltrafas, avanzaba hacia nosotros, mirándonos mirándonos con sus ojos que llameaban como candelas.

—Sin duda, quiere apoderarse de ti para salvarse; pero no temas, lo disuadiré.

Con el susto, yo no podía dar un paso ni atrás ni adelante, solo temblaba.

—¿Quién eres, alma pecadora? —preguntó Wayra adelantándose a darle el encuentro—. ¿Por qué te acercas así?

El hombre se detuvo al ver que Wayra le cortaba el paso.

—Soy Fidencio Ccorahua, allko —respondió—, del pueblo de Soccus. Morí rodándome por una pendiente cuando sigueteaba a mis vacas en plena tormenta. Déjame apoderarme del espíritu de esa señora y me salvaré. En Auquimarca no me recibieron; ni siquiera pude llegar a las puertas.

Mientras hablaba, pude ver con espanto sus enormes colmillos que blanqueaban con la luna, los feos huecos de su nariz carcomida.

Tendiéndose en su delante, Wayra le dijo:

—Cuenta mis pelos primero si quieres apoderarte de ella. Si no, no permitiré que te acerques.

Hubo un breve silencio. En seguida, el condenado dijo:

—No puedo, allko; mira mis manos.

Sus dedos estaban mochados, como trozados con machete, aún sangrantes.

—¿Qué pasó?

—Se me desgastaron tratando de subir a Auquimarca.

—Te volverán a crecer —dijo Wayra incorporándose—, si los frotas con «años», esa plantita de fruto medio colorado que crece en las quebradas.

—Así me han asegurado; por eso estoy bajando justamente al río.

—Entonces, vete; ya sabes, no te dejaré acercarte si antes no haces lo que he dicho.

—¿Cómo que no? —el ánima botó candela por la boca.

Wayra le mostró sus colmillos.

—¡Wauuuuuuu! —gritó el condenado y, guapeando, dando patadas al aire, quiso acercárseme. Yo retrocedí asustada. Wayra saltó a morderlo; mas el otro, rápido, se hizo a un lado logrando que el allko se pasara en banda y, antes que volviera a atacarlo, escapó como un viento furioso, perdiéndose por esa bajada.

—¡Waaaaa..., waaaaa!

La luna escondiéndose tras una montaña. Y nosotros avanzando por una fea cuchilla.

—Rosa, ¿y de qué se murió Liborio?

—Lo mataron los tropakuna, Wayra, en la quebrada Balcón, cerca de Minas Canaria...

Conversando conversando entramos en una quebrada, alumbrada por estrellas muy pálidas.

Luego de internarnos por un montecito, salimos de nuevo al camino, impregnados del olor de ñujchus y molles.

Arriba, en la cumbre del cerro, hacia donde nos dirigíamos, vimos un ánima de albo vestido, acosada por un fiero chanco que daba vueltas y vueltas alrededor de un montículo de piedras donde aquella se hallaba trepada, buscando al parecer traerla abajo.

Venciendo nuestro temor, avanzamos.

El animal, al vernos, se dio vuelta, furioso, erizado el cuerpo, los colmillos amenazantes.

Wayra se lanzó a atacarlo. Yo me asusté pensando en que aquella fiera destrozaría a mi huallqui. Menos mal que para nuestro alivio, después de dudar un instante, prefirió huir por la vuelta del cerro.

El alma buena bajó de la apacheta y derecho se vino donde nosotros.

—Gracias por salvarme, allko, gracias también a usted, mamita señora —dijo llegando a nuestro delante—. Un poco más y me devoraba ese demonio.

—¿Quién eres, alma buena? —me atreví a preguntarle.

—En vida mi nombre fue Téodulo Huarca, mamita. Fui cargador en los mercados y en la estación del Cusco. Mucho me gustaba tomar mis traguitos. Morí alcoholizado.

—¿Y ya purgaste tus penas? —intervino Wayra.

—Ya casi. Solo me falta encontrar dos dientes que perdí peleando borracho durante la celebración del Inti Raymi.

—¿Vuelves a tu pueblo entonces?

—Sí, justamente para allá me estoy yendo.

Dio unos pasos para alejarse, pero una inquietud lo detuvo.

—¿Y ustedes, mamita, de dónde son?

—Del sur de Ayacucho —le respondí—, de un pueblo llamado Illaurocancha.

—Por ahí y por mi pueblo dizque hay guerras pues ¿no?

—Así es, don Téodulo —le dije—, en estos tiempos nuestros pueblos son campos de batalla donde a diario muere la gente. Ahora que va por allí lo va a comprobar usted con sus propios ojos.

—Así será, seguro —dijo, dio un suspiro y en seguida se despidió deseándonos buena suerte.

Ladera ladera nomás, nos encaminamos con Wayra por ese sitio rocoso, mientras en mi mente clarito aparecía la imagen de mi pobre hijo afanado en esa guerra con trazas de nunca acabar.

Al pie del Rasuhuilca, en las alturas de Iquicha, con los dedos agarrotados por el frío, accionabas el arma, Liborio, admirado de la facilidad de su manejo. En la montaña del frente estaba Julcamarca. ¿De allí? ¿De esos feos lugares desolados, llenos de quebradas, riachuelos y continuos deslizamientos provocados por los huaycos, era la camarada Angicha, la encargada de instruirles? Buenamoza la muchacha. No dejabas de admirarla, mientras el olor a pólvora te provocaba náuseas.

Ya se acostumbraría, compañero, después hasta tendrías que comerla para enrabiar la sangre.

No despegabas los ojos de sus trencitas al viento, de sus labios como moras del río, de sus ojos negros, medio achinaditos.

Ahora verían cómo se disparaba asentándola sobre la pierna cuando se estaba en posición de rodillas.

Recelosos miraban los morochucos y los huantinos recién reclutados cuando ella hacía las demostraciones.

Fabricar bombas también era sencillo, como amasar quesos nomás, compañeros.

Y sonreía, mientras ustedes a carcajadas la secundaban: Vaya, ocurrente era también la compañera.

Ayer nomás llegaste al campamento, y ve pues ya estabas aprendiendo a ser guerrillero. Toda la noche recordaste tu encuentro con el camarada Santos hace dos semanas en la quebrada de Ayahuarkuna, abajito del puente de piedra de los incas ubicado entre Huanta y Ayacucho.

Habías ido a Huanta, a la feria del Señor de Maynay, a ofrecer en venta la tropita de carneros que con tanto trabajo compraste por diferentes lugares: Chuschi, Ocros, Caggallo, Quinua, Pacaycasa, Huamanguilla.

Ahí, en los puestos de comida de la feria, cuando acababas de servirte un buen plato de puka picante y tomabas chichita, contento de haber hecho tu negocio, fue que aparecieron esos dos uniformados de la Guardia Civil.

—¿Liborio? ¿Liborio Wanka?

—Sí, jefes, ¿en qué nomás puedo servirles?

Te pidieron tus papeles. Solo la boleta de tu libreta militar la tenías, bien dobladita en el bolsillo de tu camisa.

Después de mirarla fijamente, uno de ellos dijo:

—Nos acompañas. Estás con orden de detención.

—¿Yo, taitas?

—Sí, tú, por vender ganado robado.

No, papitos, tus recibos tenías, se los mostrarías.

Quisiste buscar la bolsita plástica que había en tu alforja. No te dejaron. Fuera nomás, ya en la detención verían.

Entonces tuviste que marchar delante de ellos, rezándole muy bajo al illa —el torillito de piedra que a manera de medalla lo llevabas ollcao en el cuello—, pidiéndole que te ayudara en caso de haber problemas.

Los uniformados te llevan derecho por una calle donde hay un carro esperándolos: un auto rojo algo viejito.

—¿Ya cumpas? —dice al verlos un hombre de aproximadamente treinta años que se halla al volante, fumando.

—Sí, vamos —le contestan los otros haciéndote subir.

El carro luego de arrancar a toda velocidad enrumba hacia la salida del pueblo por la carretera que va a Ayacucho. Te asustas.

—Cómo, taitas, ¿no me van a llevar a la detención?

—Sí, pero a la de Huamanga —te dicen—. No aquí.

Sin ánimo de replicar, solo das un suspiro de resignación, en tanto miras los altos y frondosos eucaliptos que orillan la carretera. Fugazmente ves también, a través del espejo retrovisor, las altas torres de la iglesia matriz que con sus ojos de campanario parecen estar siguiéndote.